

EL ARISTARCO.

Continuacion del discurso contra el fanatismo de los rebeldes de Nueva España.

POR DON FERMIN DE RETGADAS.

Sigue la censura de la proposicion segunda.

Yo no se que crédito merezca una noticia que anda muy valida al lado de allá del mar, que nada tiene que la haga inverosimil atendida la perfidia con que procede el duende pernicioso de la Europa. Luciano Bonaparte, hermano de Napoleon, aquel Luciano que en los papeles privados que salen ocultos de Paris se pinta como un Ateo (y que aseguran vivió algun tiempo en México) se embarcó en Italia con el destino, decia, de venir á establecerse en los Estados Unidos de America. Nuestros aliados generosos los ingleses, cuya prevision politica tiene muchos alcances, lo hicieron prisionero y lo condujeron á Malta, y de allí á Londres, en donde existe. Parte de que por los papeles que se le interceptaron se ha dicho que el objeto de Luciano era acercarse á Nueva España, alentar á los sediciosos, y erigirse por su jefe supremo fundando aqui un estado con el nombre de *La Nueva Pensilvania* (*). Si esta noticia es

(*) Pensilvania se llama una de las provincias de los Estados Unidos.

verdadera, en ella se descubre uno de los proyectos mas ignominiosos de Hidalgo, por dirigirse á entregar su patria á la esclavitud de un hombre extranjero y sin religion. Es cierto que los papeles públicos nos aseguran que los ingleses apresaron á Luciano en el mar Tirreno y lo condujeron á Malta: ¿que pudo obligar á la nacion inglesa á atropellar la persona y familia de aquel viagero que se decia enemigo de su hermano, y dexaba la deliciosa Italia por venir á habitar las poco agradables costas del Norte de América? Creer que los ingleses lo hicieron sin fundado motivo seria temeridad. Tuvieron, pues, motivo; y si con esta prision se descubrió el objeto del viage de Luciano á este reyno ¿que concepto deben formar los nobles, los virtuosos americanos de las pésimas intenciones de los cabecillas rebeldes que cacarean la *independencia*?

Proposicion tercera.

No sois vosotros los que haceis alarde de haber derramado la sangre por no admitir la dominacion francesa, pues ¿por que culpais en nosotros el separarnos de la dominacion española?

Si un arriero condenado por su pobreza y grosera educacion á andar tras un atajo de mulas por los caminos, hubiera producido semejante proposicion, no se deberia extrañar, por que esta clase de ciudadanos aunque tratan pasageramente en las poblaciones con gente civilizada,

como carece su entendimiento de cultivo, las especies que oyen las trastornan de modo que no tienen atadero sus producciones si se les examina en punto de noticias; pero que Don Miguel Hidalgo, bachiller, catedrático, y cura que fue de un pueblo numeroso de Nueva España, la haya asentado baxo de su nombre y del pomposo título usurpado de príncipe generalísimo de los exércitos de América, es la cosa mas peregrina que puede hallarse en la historia de la degradacion mental del hombre. ¿Es posible que á este catedrático y á la comparsa de sus coadjutores no les ocurrió la disparidad que habia entre la resistencia que la España hace á los franceses en Europa, y la que hace á la congregacion aturdida de sus rebeldes en América? ¿Es creible que aquellos facciosos tuvieran el arrojo temerario de ultrajar hasta el exceso el honor immaculado de su pátria? Este aserto mio nada tiene de exágeracion.

Nueva España en estos últimos años habia logrado entre las naciones cultas de Europa una consideracion respetable por los gigantes talentos que producian: un Gama, un Bartolache, un Alzate, un Velazquez de Leon, un Portillo, y otros muchos hijos de la esclarecida Minerva del reyno, fueron unos genios americanos, á cuyo respeto tributaron veneracion los mas engreidos sabios de Europa. En una carta de un ministro bábaro leí esta expresion: *Debemos reformar nuestro concepto respecto á la literatura de las colonias españolas de América. La España contra la politica privada de las demas naciones, hace mucho tiempo que tomó el empeño de hacer que en aquellos dominios florecieran las bellas letras y las artes, y ya empieza á recoger el fruto de sus cuidados. Ninguna nacion como la española ha sabido extender con mas honor su imperio.* ¡Que testimonio tan honroso para

los americanos! ¡que confesión tan gloriosa para su madre España! Pero los sabios de Europa ¿que concepto harán ahora de la ilustración de Nueva España al ver que un cura compatriota trata de seducirlos á la rebelión por medio de unas comparaciones tan ridículas, que no tienen entre sí la menor analogía? ¿No dirán, y con mucha razón, que los adelantos instructivos de los americanos habían sido un resplandor fugaz que se había ya desaparecido, quando proposiciones tan necias de un patriota, se consideraron capaces de vencer su entendimiento? ¿No dirán que la ciencia de saber pensar con decoro ya no existía en este suelo, quando por unos medios tan improporcionados y tontos se habían arrastrado á una sublevación grosera, á tantos hombres? Pero no lo dirán, porque yo les gritaré á la faz del cielo y de la tierra que de los sabios y hombres ilustres de Nueva España ninguno se ha prostituido á seguir ni aun á mirar con agrado una revolución tan degradante á la bien establecida reputación de estas regiones: esta revolución solo rueda entre varios individuos relajados que se han olvidado ó atropellado sus obligaciones, y que creen establecer fortuna sobre las ruinas de la religión y de la patria. A estos, pues, es á quien dirijo mis invectivas con el fin de desengañarlos, dándoles con la luz de la verdad en los ojos, en unos ojos que están demasíadamente fascinados por unas pasiones delinquentes.

El necio argumento de Hidalgo se reduce á establecer como principio indisputable: *que la misma razón que los españoles de Europa tienen para desembarazarse de los franceses, tienen aquí los americanos para desembarazarse de los españoles*; esta es la sustancia de la proposición que se rechaza. Vamos á ver el parentesco que tienen entre sí estas dos razones, iguales y parecidas en la opinión de los rebeldes.

La España es una nación independiente desde principios del siglo quinto, esto es, hace como mil quatrocientos años que salió de la dependencia de los romanos á quienes la España no debió otro beneficio que tal qual pequeña ilustracion, que pagó bien cara con la sangre de sus hijos y la rica fecundidad de su suelo. Yo no encuentro que Roma haya sido mas benéfica á la nación española, que lo fueron los Cartagineses y Fenicios; pues de estas tres potencias no encuentro en la historia otra noticia que el haber sido unas naciones pérfidas usurpadoras de la libertad y la riqueza española. Los godos que en aquel tiempo invadieron la España, se acomodaron á los costumbres de esta nación, hasta abandonar las bárbaras del país que los arrojó de su seno patrio. En principios del siglo octavo España fue ocupada por los sarracenos, que inundaron la península como un rio que sale de madre y ahoga en su fluxo las campiñas que forman sus márgenes; pero escondida entre las asperezas, A. turianas, y fragosidades del Pirineo dos centellas de libertad, religion y patriotismo, ellas solas bastaron para reducir á cenizas el imperio de la media luna que creyó haber encadenado para siempre el valor español. Los sectarios del Alcorán no robaron la independencia de España, porque esta se mantuvo en dos puntos atrincherada con los favores del cielo; el poco tiempo que tardó en hacer valer sus derechos contra los africanos invasores que quisieron destruirla.

Llegó por fin el año de 1808, época terrible en los fastos de la historia de las naciones, último término de la degradacion española, y principio feliz de nuevas é inauditas glorias para esta nación, que ha sido siempre la admiracion de toda la tierra. Bonaparte: ese basilisco humano que produjo la isla de Córcega para hacer des-

graciados á los hombres, despues de haberse arrogado el imperio frances, y haber humillado ante el carro de su fortuna á casi todas las potencias del continente de Europa, trató de ocupar el trono español luego que lo desbarazó de sus príncipes, de sus fuerzas militares, de sus tesoros; pero apenas la nacion española es advertida de su intencion traidora, quando pega el grito el 2 de mayo por su libertad é independendencia, y hace ver al tirano que la España no existe sobre el globo por ser provincia de la aborrecida nacion francesa.

España, pues, ha tomado las armas contra la Francia, porque esta perversa nacion dirigida por su impropio régulo, la ha insultado hasta en lo mas sagrado de su honor. La Francia la despojó traidoramente de su soberano y de sus príncipes: la Francia la ha robado y saqueado sus templos y hogares: la Francia la ha querido robar el rango civil que mantenía entre todas las naciones: la Francia ha tratado con el mayor desprecio á todos los españoles: la Francia se ha burlado por todos los medios mas indecorosos de la paciencia y sufriendo el español, ¿y no había la España contra tantas injurias de llevar su venganza hasta el sepulcro? ¿Que le debe la España á la Francia, que no sean males y desastres los mas espantosos? Por la Francia perdió la España la mejor parte de sus armadas en las acciones á la vista de los cabos de Finisterra y Trafalgar: por la Francia perdió España mas de veinte mil guerreros que sacó el pérfido Napoleon para el Norte: por la Francia perdió la posesion de la Luisiana, siendo ahora el Nuevo Orleans abrigo de sus corsarios. No es posible numerar los perjuicios que ha sufrido la España por la nacion francesa. Oxalá pudiera yo construir desde Bayona á Rosas una muralla de diamante que subiera hasta el firmamento pa-

embarazar la comunicacion de España con una nacion que es la autora de sus desgracias y tambien de la rebelion de estos reynos.

He explicado concisamente la razon que tiene la España para desplegar todas sus fuerzas contra los franceses: vamos à ver la que tienen los americanos rebeldes para substraerse del dominio de la España, protextando discutirlo con mas amplitud en el número siguiente, por que à los hombres que tienen muy embotada la razon es necesario hacersela ver casi de bulto para convencerlos, que sus delitos no se escondan baxo la capa comun de la ignorancia.

La España trajo à estas regiones la religion santa de Jesucristo. Este imponderable beneficio que deben las Américas à la España, no padece la menor diminucion por la maledicencia de sus enemigos que asientan que los españoles llegaron à estas regiones à buscar oro y plata, mas no con el objeto de establecer el imperio de la cruz. Para desmentir esta calumnia veanse las órdenes que dieron los reyes católicos à Colon en el segundo viage que emprendió à América, en las que lo primero que se le ordena es la reduccion de estos gentiles à la Iglesia. Vease tambien lo que executó el grande Hernan Cortés en Cozumel, Tabasco, Zempoala, Tlaxcala y México, cuya piedad religiosa, por excesiva, alegó alguna vez à ser reprendida por los ministros de la religion que lo acompañaban, de zelo religioso mas prudente y moderado. Veanse las leyes dictadas para estos dominios, y en ellas se ve que resplandecen mas los intereses de la religion y de la humanidad hacia estos nuevos vasallos, que el interes particular de la nacion conquistadora. ¿Quanto número de religiosos escogidos entre los mas virtuosos de los claustros de Es-

paña, no remitieron los señores reyes Carlos I y Felipe II para cultivar esta nueva viña espiritual de la Iglesia. ¿Con que favores no correspondió el cielo á este piadoso cuidado del trono español?

La España conduxo á estas regiones la industria las artes y las ciencias. Para organizar estos establecimientos utilísimos á la humanidad, se desprendió generosamente aquella madre de multitud de familias laboriosas: de ganados que no se conocían en este suelo de sabios artesanos que enseñaran á dar destino á las producciones de la naturaleza: de hombres científicos que decoraran las poblaciones del suelo americano y enseñaran la sabiduría á su moradores. No es posible dar un pormenor de las utilidades que han recibido las Américas de la nación española. Los mismos establecimientos que aquí se encuentran, las fábricas magestuosas, los productos agricultores, los ganados de varias clases... son los mejores testimonios del paternal amor con que España ha mirado siempre esta porción occidental de su monarquía. ¿Que ha tenido la España de bueno en su península que no lo haya cedido á sus Américas? Un Hernandez, que con razon se llama el nuevo Plinio de América: un Herrera, cuya habilidad arquitectónica puede dar zelos á la antigua Roma: un Gil que para el grabado en hueco no ha tenido paralelo sobre la tierra: un Fabregat, cuyo buril no ha tenido mejor dirección en Europa: un Tolsá que en la escultura ha sido capaz de obscurecer á Phidias y á Lisippo: un... ¿pero á donde me conduce el entusiasmo quando me ha dicho la razon que los mismos monumentos hablan?

Se continuará.